

Ferguson, EEUU: policía asesino sale impune — ¡Amérikka tiene que parar en seco! ¡¡¡Hay resistencia justa y usted tiene que ser parte de ella!!!

24 de noviembre 2014. Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar. La siguiente declaración de Carl Dix, vocero del Partido Comunista Revolucionario, EU, fue publicada poco tiempo después de que las autoridades anunciaran que el asesinato del joven negro Michael Brown en Ferguson, Misuri en agosto de este año fue justificado. “Amérikka” hace alusión al Ku Klux Klan, una organización armada que surgió para mantener reducido al pueblo negro luego del fin de la esclavitud —el asunto es que si bien el KKK es todavía una poderosa fuerza reaccionaria (han estado reuniendo apoyo para el policía que asesinó a Michael Brown), esa función la ha estado manejando el mismo Estado.

El gran jurado se negó a acusar a Darren Wilson, el policía que mató a Michael Brown en Ferguson. Una vez más uno de sus matones a sueldo ha salido impune por el asesinato de un joven negro. Este es un tiro al corazón. Una brutal y terrible injusticia en sí. Y una dura crítica a la esencia misma de este sistema. Fue una declaración de que UNA VEZ MÁS, la vida de los negros no vale NADA para los que se sientan encima de este imperio de injusticia.

Esto tiene que acabar. YA.

Amérikka tiene una larga historia de cruel opresión contra los negros desde el secuestro de africanos y su traslado, con grilletes de esclavo, a lo que hoy es Estados Unidos. Después de que la esclavitud fue abolida, esta cruel opresión continuó bajo la forma de segregación racial llamada Jim Crow y el terror de las turbas de linchamiento. Y hoy sigue en vigor a través de la encarcelación en masa y la luz verde que le han dado a la policía para maltratar e incluso asesinar personas. La policía ha matado a dos hombres negros en San Luis desde que Michael Brown fue asesinado. Un niño de 12 años fue asesinado por la policía en un parque de Cleveland apenas el pasado fin de semana.

Durante semanas las autoridades le decían a la gente que mantuviera la calma y dejara que el sistema funcionara. Durante días amenazaban con desatar a la policía militarizada y la Guardia Nacional contra cualquiera que quisiera protestar. Bueno, el sistema ha funcionado: dejó que otro policía asesino saliera impune. Con esto el sistema le dio luz verde a la policía para asesinar a los negros.

¡Por eso es que es tan correcto, justo y necesario que el pueblo se haya puesto de pie! En cuestión de horas, la gente de los multifamiliares, de las universidades y demás se tomaron las calles con una justa furia y una protesta desafiante. Enfrentaron el gas lacrimógeno en Ferguson. A la 1 de la mañana, miles de personas marcharon por el centro de Nueva York, desde el bajo Manhattan por Harlem y cerraron el puente Triborough. Los manifestantes bloquearon autopistas importantes en Los Ángeles y Oakland. Cientos de personas en frente de la Casa Blanca protagonizaron simulacros de muerte. Realizaron vigilias de oración, protestas callejeras, etc. en Boston, Baltimore, Seattle y más allá.

En este momento, no nos podemos quedar de brazos cruzados.

Es necesario seguir paralizando las actividades de costumbre e ir más allá. La gente tiene que permanecer en las calles. Que no vayan a trabajar. Que se salgan de clases o hagan que este programa genocida sea tópico de discusión en la escuela. La gente de los barrios y guetos donde la policía mata y maltrata de manera rutinaria, tiene que hacer que su ira se sienta mediante una resistencia política de masas.

Todos tienen que unirse y decir NO MÁS al asesinato policial. Los atletas y los músicos tienen que tomar una posición al respecto. Cada uno tiene que tomar partido en esta lucha: ¿Estás con la policía que mata a jóvenes negros y con el sistema que les da sello de aprobación a sus acciones asesinas? ¿O estás con la gente que se ha levantado y dice NO MÁS a estas porquerías? Si no actúas, aceptas el sello de aprobación que este sistema le da al asesinato policial. Pero si actúas, ¡puedes ser parte de cambiarlo todo!

Lo que está en juego es nada menos que el mundo en el que viviremos. ¿Puedes tolerar un mundo en el que la vida de los negros no vale nada? Es así de básico. Si tu respuesta es no, ¡hay que hacer que AmériKKKa pare en seco! Y no detenernos hasta que haya justicia y el asesino de Michael Brown esté en la cárcel. □

Nueva York: “Revolución y religión” —un histórico diálogo entre Cornel West y Bob Avakian

24 de noviembre 2014. Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar. El siguiente artículo es de *Revolución*, el periódico del Partido Comunista Revolucionario, EU. Además de las personas que asistieron al Diálogo en Nueva York, otras audiencias vieron la transmisión en vivo por internet en Los Ángeles y el área de la bahía de San Francisco. Fuera de Estados Unidos, activistas organizaron reuniones para ver este Diálogo en tiempo real por lo menos en media docena de países en diversos idiomas, según los informes que nos han llegado hasta el momento. También fue seguido por pequeños grupos e individuos en otros lugares tarde en la noche y en algunos casos bajo condiciones peligrosas. El video se puede ver ahora en revcom.us, en donde también están posteadas preguntas y reacciones de la audiencia.

El 15 de noviembre, 1.900 personas llenaron la Iglesia Riverside en la Ciudad de Nueva York para experimentar el Diálogo entre Cornel West y Bob Avakian — REVOLUCIÓN Y RELIGIÓN: la lucha por la emancipación y el papel de la religión. Nunca antes ha sucedido algo semejante.

Fue un evento histórico. Fue la primera aparición pública en décadas de Bob Avakian, el líder revolucionario y arquitecto de un marco completamente nuevo para la emancipación de toda la humanidad, quien habló directamente y a profundidad sobre la necesidad y la base para la revolución; en diálogo con Cornel West, uno de los intelectuales públicos más importantes y estimulantes de nuestro tiempo quien habló y participó en el Diálogo desde la perspectiva de las tradiciones profética cristiana y negra y como un firme paladín de los oprimidos.

Cornel West había prometido que el público “escuchará puntos de acuerdo y desacuerdo... trasgresión y convergencia... [y], de mayor importancia, escuchará a dos hermanos que hablan de lo real...”. Eso, y más, fue lo que ocurrió. Con intensidad, sinceridad y amor, ambos oradores sacaron al público de sus espacios de seguridad y comodidad individuales y colectivos —y lo desafiaron a asumir la responsabilidad del estado de la humanidad, en marcado contraste y en oposición a la moral imperante del “yo primero”. Bob Avakian comenzó su intervención con un cálido homenaje a Wayne Webb, también conocido como Clyde Young, un íntimo amigo y camarada y miembro del Comité Central del Partido Comunista Revolucionario que murió hace poco, cuya vida fue un modelo inspirador de cómo aquellos que este sistema trata como “lo peor de lo peor” pueden convertirse en lo mejor de lo que es capaz la humanidad.

Los retos profundos e históricos que enfrenta la humanidad impulsaron el Diálogo, en un momento en el que miles de millones de personas llevan una vida de miseria innecesaria y el propio planeta corre peligro. Como dijo el miembro del Comité Anfitrión [y actor de Hollywood] Ed Asner antes del evento: “Si de este Diálogo solamente pueden surgir la esperanza y la claridad para iluminar las tinieblas en que estamos viviendo, pues yo desearía que este mismo Diálogo se repitiera por todos lados. Lo necesitamos desesperadamente”.

Un diverso y decidido movimiento de base, así como un Comité Anfitrión que reunió a una gama de voces sin precedentes, desde la academia hasta padres de familia de jóvenes afroamericanos asesinados por la policía de Nueva York, hicieron posible celebrar el Diálogo. Se recaudaron decenas de miles de dólares para promover el Diálogo. El recaudo de fondos continúa para pagar el anuncio de plana entera en la edición impresa del jueves 13 de noviembre del *New York Times*. La emisora radial WBAI se apuntó como patrocinador mediático del evento.

El público llegó en autobuses desde Ferguson, Misuri; desde el lado sur de Chicago; y desde los cercanos multifamiliares de Harlem. Venían de universidades de elite y comunitarias, de iglesias y escuelas secundarias. En el público había activistas políticos de larga trayectoria así como jóvenes que nunca habían asistido a un evento político. El ambiente y el sentir del público se manifestaban con intensidad, entusiasmo, sentimientos acogedores, elocuencia y con ganas de adentrarse en las cuestiones; el recinto vibraba con la sensa-

ción de algo nuevo que nacía. La seriedad de los oradores y el cariño y respeto que se tenían el uno al otro establecieron el tono al que el público respondió sin moverse de sus lugares.

Los oradores hablaron con profundidad de sus diferencias sobre la cuestión central del evento —la lucha por la emancipación y el papel de la religión—, así como de sus puntos de unidad. Como dijimos, los oradores expresaron su determinación de señalar las formas en que hoy, la gente en todo el mundo tiene que sufrir innecesariamente y quiénes son los responsables de esta situación, y además, desafiaron firmemente al público a actuar con valentía contra esta situación. El público escuchó intensamente las verdades que contaban los oradores durante más de cuatro horas. Del público se hicieron preguntas a Cornel West y Bob Avakian que invitaban a la reflexión y la introspección: sobre el estado de la cultura popular; la moralidad de la violencia; la naturaleza de la policía y cómo obtener justicia; la posibilidad concreta de hacer y ganar una revolución; y las experiencias personales determinantes en la vida de los oradores. □

Sobre el documental indonesio *El acto de matar*

24 de noviembre 2014. Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar. Por Susannah York. Cortar cabezas es una forma eficiente de matar gente. Es más limpia. Golpear a la gente hasta matarla implica limpiar mucha sangre y huele horrible. Al menos esa es la opinión explícita de Anwar Congo y su banda de macabros asesinos, que son las estrellas/actores del galardonado documental *El acto de matar* (*The Act of Killing*) dirigido por Joshua Oppenheimer. Es una película surrealista dentro del documental, hombres que asesinaron a sospechosos de ser comunistas y a otros por cientos de miles tras el golpe de Estado patrocinado por la CIA en 1965 promulgaron de nuevo la tortura y el asesinato con orgullo y placer. Todavía se los considera héroes por parte de la poderosa elite de Indonesia y gozan de impunidad. El efecto creado por la separación entre el horror de lo que hicieron y la persistencia de su arrogancia hace esta película sumamente perturbadora.

El ejército indonesio derrocó al gobierno dirigido por el presidente elegido Sukarno, que era aliado del Partido Comunista de Indonesia (PKI). Como parte del documental, varios asesinos en masa hacen su propia “película” en escenas de ejecuciones y justifican lo que hicieron. Llevan a Oppenheimer y su cámara a los lugares donde masacraron, un edificio urbano al que de manera sosa llaman “la oficina” y pequeñas aldeas. A medida que recrean su historia, explican por qué consideraban que tenían que erradicar a los comunistas, llamándolos gente “cruel” que redistribuía la tierra a los campesinos y que por lo tanto merecía morir. Una historia oficial con que se bombardea a cada estudiante en Indonesia incluso hoy día.

Los cálculos del número de personas asesinadas van de medio millón a más de un millón durante el año posterior al golpe en 1965, incluyendo líderes y cuadros comunistas, sindicalistas, intelectuales, profesores, defensores de la reforma agraria, campesinos comunes, gente de etnia china, mujeres y niños. Los cuerpos atascaban los ríos en muchas zonas de Indonesia. Muchos cientos de miles más fueron encerrados en campos de concentración en donde pasaron años.

Oppenheimer inicialmente no pretendía que su documental resultara de la manera en que resultó. Inicialmente quería que las víctimas hablaran, ya que esta sórdida historia está olvidada o pasó inadvertida fuera de Indonesia, pero el ambiente de miedo y represión en que todavía viven no permitió que así fuera. Por todos lados viven los asesinos y el ejército se mantuvo interviniendo, deteniendo al equipo de rodaje y confiscando sus equipos y cintas. Cuando se discutió con algunos defensores de derechos humanos la cuestión de si continuar o no el documental, Oppenheimer quedó persuadido de hablar con los asesinos para que abiertamente presumieran de su papel. Se consideró que de esta manera, él ya no sería acosado por el ejército, se revelaría a todos los indonesios el carácter asesino del régimen en su conjunto, y finalmente se lograría algo de justicia.

Oppenheimer persistió en sentirse obligado a denunciar lo que él considera una masacre de una escala inimaginable. Estar en Indonesia le recordó la Alemania nazi, aunque en Indonesia todavía están en el poder. Muchos de su familia murieron en la Alemania nazi, y en su infancia y adolescencia las discusiones en el comedor familiar se desarrollaban con frecuencia alrededor de cómo este tipo de genocidio no debería volver a suceder nunca más en ningún lugar del mundo.

Tras ocho años de investigación y entrevistas con 40 líderes de escuadrones de la muerte que fueron reclutados por el ejército indonesio para ayudar en el trabajo sucio de torturas y decapitaciones, Oppenheimer

conoció a Anwar Congo, un matón y venerado fundador de una organización paramilitar de ultraderecha. Congo entendía lo que era un documental. Había sido influenciado por abundantes producciones musicales y películas de gánsteres de Hollywood de las que él y otros aprendieron algunas de sus brutales técnicas. Él y sus secuaces estaban ansiosos de recrear, para Oppenheimer y su equipo de rodaje, lo que hicieron. Consideraban el documental como una obra histórica que podía ser vista por toda la familia. La mayoría del equipo eran indonesios que permanecen anónimos por miedo a represalias por hacer este documental.

Cuando Oppenheimer vio cierto esbozo de remordimiento en los ojos de Congo, decidió que su película no sería sobre todos los asesinos como inicialmente pretendía, que lo que Congo estaba haciendo con esta recreación era lidiar con las pesadillas que lo perseguían. El proceso de realización de la película confronta a Congo, quien empieza a caer en cuenta del calibre de los crímenes que cometió aun cuando los demás son completamente inmunes a esos sentimientos, habiéndose deshumanizado definitivamente por sus crímenes.

A lo largo del documental se discuten diferentes cuestiones entre Congo y sus secuaces y se organizan diferentes reuniones con políticos importantes que están en el poder y que respaldan la recreación de esta historia y hablan profundamente de su propio papel en ella. En una ocasión nos reunimos con un periodista que negaba conocer que esas matanzas continuaban, aunque él trabajaba arriba de “la oficina” en ese entonces. Congo y sus amigos lo ridiculizan, diciendo que lo que ellos hacían era un secreto a voces y todos los vecinos sabían, entonces él como no iba a saber. En otra parte en las discusiones, alguien plantea por qué los hijos de los asesinados no se vengan y alguien responde ante la carcajada general: porque los mataríamos a todos.

En otra escena, uno de las personas del equipo de rodaje cuenta su propia historia. Cuando tenía 12 años, a su padrastro se lo llevaron en medio de la noche y él y su madre encontraron el cuerpo días después. Nadie los ayudó; sus vecinos los evitaban y solo pudieron enterrar el cuerpo en una zanja poco profunda. Mientras cuenta su historia, insiste repetidas veces que ésta no es una crítica a lo que Congo y su grupo han hecho. Más adelante esta persona hace el papel de víctima para la película dentro del documental. La recreación de la escena es tan realista que pierde el control y ruega que les den a su esposa e hijos un mensaje antes de morir, pensando que de verdad iban a matarlo por contar la historia de su padrastro.

Oppenheimer les pregunta a los sicarios si temen que levanten cargos contra ellos por crímenes de guerra según las Convenciones de Ginebra. Uno de los compañeros de masacres de Congo, Adi Zulkadry, contesta negativamente diciendo: “Los crímenes de guerra los definen los vencedores. Yo soy un vencedor”. Cuando vio la recreación histórica en su película, Adi se preocupa de que ellos son los que se ven crueles, no los comunistas. Otros responden que esta es su historia, la verdad, pero Adi les dice que demasiada verdad no siempre es buena. Les advierte que esta película los puede hacer quedar mal.

En otra escena, Congo actúa en el papel de la víctima que van a decapitar. Visiblemente perturbado por esta experiencia, declara que no va a volver a interpretar el papel de víctima. Habiendo experimentado la pérdida de dignidad, Congo le pregunta a Oppenheimer si la gente que mató se sintió como él durante la actuación. Oppenheimer responde que se sintieron mucho peor porque sabían que iban a morir.

Congo, quien calcula que asesinó personalmente a unas mil personas, es solo un pequeño perpetrador entre muchos en la masacre que tuvo lugar en Indonesia en 1965-1966. Tras él estaban no solo el ejército indonesio y los matones que reclutaron, sino el más grande de todos los criminales y asesinos, el gobierno estadounidense. La década de los 60 fue una época de luchas de liberación nacional por todo el mundo y Washington consideró que el presidente Sukarno era un problema. EEUU, redoblando en ese momento su intervención en Vietnam, estaba ansioso por reemplazarlo con un títere. El golpe militar del general Suharto fue aclamado en la revista *Time* como “la mejor noticia de Asia para Occidente en años”.

Tras bambalinas, dando guía y coordinando el golpe de Estado estaba EEUU y una banda de asesores de la CIA para el ejército indonesio. EEUU proporcionó dinero, armas (especialmente armas pequeñas para asesinatos a corta distancia), y equipos de comunicación por radio para que el ejército pudiera proceder eficientemente con la masacre en las 18.000 islas indonesias. La CIA proporcionó una “lista de aniquilamientos” con 5.000 nombres de líderes del partido PKI, importantes figuras de oposición, izquierdistas, líderes sindicales e intelectuales. A medida que avanzaba la masacre, los asesores estadounidenses evaluaban la cacería humana, verificando los nombres de los asesinados en la lista.

EEUU alegaba que desconocía lo que estaba sucediendo durante ese año. Pero el suministro de radios es tal vez el detalle más diciente. No solo servían para las comunicaciones en el terreno sino que se convirtieron

en un elemento de una amplia operación de acopio de inteligencia por parte de EEUU, construida con el avance de la cacería humana. Tal vez la evidencia más irrefutable de la actitud de EEUU fue que ellos y el Reino Unido mantuvieron en el poder al general golpista Suharto por más de tres décadas.

Aunque estos crímenes fueron un tanto relegados por la inmensidad de la guerra de EEUU contra Vietnam, décadas más tarde documentos y cables desclasificados ayudaron a revelar la mano sangrienta de EEUU en Indonesia. Importantes ex diplomáticos de EEUU y oficiales de la CIA describieron en extensas entrevistas cómo ayudaron a Suharto en su ataque al PKI. “Fue una gran ayuda para el ejército”, dijo Robert J. Martens, un antiguo miembro de la sección política de la embajada de EEUU en Indonesia. “Ellos (el ejército indonesio) probablemente asesinaron mucha gente, y probablemente yo tengo mucha sangre en mis manos, pero eso no es del todo malo. Hay momentos en los que tienes golpear duro en situaciones decisivas”. Martens trabajaba a órdenes de William Colby, entonces director de la división del lejano oriente de la CIA y luego director de la CIA.

Aunque no es parte del documental *El acto de matar*, vale la pena mencionar que diez años después del golpe, las fuerzas armadas indonesias desataron otro baño de sangre con la invasión a Timor Oriental, asesinando cerca de 250.000 personas, un tercio de su población, otra vez con la ayuda del gobierno estadounidense. Los más de 20 años del gobierno militar indonesio en Timor Oriental fueron unos de los más sangrientos y más brutales en la historia de suroriental asiático. (Véase el Servicio Noticioso UMQG del 16 enero del 2006 para una descripción más completa del papel de EEUU en respaldo a la invasión de Timor Oriental).

¿Cómo pudo continuar por meses la masacre de un millón de personas de 1965 con tan poca resistencia cuando Indonesia tenía una de las organizaciones comunistas más grandes del mundo, y que gozaba de una inmensa popularidad entre los obreros y campesinos? El Partido Comunista de Indonesia era un partido no revolucionario, con una estrategia de política parlamentaria en coalición con fuerzas nacionalistas como el presidente Sukarno. El PKI creía que podía darse una transición pacífica al socialismo y que el Estado tenía un “aspecto popular” en Sukarno, visto como un héroe que lideró la lucha de independencia indonesia contra los holandeses. Sukarno declaró tontamente que su base de poder eran el PKI, el ejército y las fuerzas islámicas, pero Estados Unidos ayudó a organizar a la mayor parte del ejército y a los islamistas para derrocarlo, cazar y asesinar a los miembros del PKI, y diezmar su base social entre el pueblo.

El PKI no entendía que las fuerzas burguesas locales y los imperialistas mundiales nunca les permitirían llegar al poder y los veía como una amenaza a sus intereses y control de un país geopolíticamente importante y también rico en petróleo y otros recursos. En el contexto de ese tiempo, el derrocamiento de Sukarno fue una declaración de las intenciones de Estados Unidos de dominar la región y el mundo. Con una incorrecta comprensión del papel del ejército, de proteger el Estado y aplastar cualquier intento de tomárselo, los devastadores resultados fueron que el partido y sus simpatizantes no estaban preparados para resistir y el pueblo pagó el precio. □